

—¿Ya estás listo, vale?

—Aquí me tienes.

A los pocos minutos estábamos en el punto de reunión, donde nos esperaba Pomposo Domínguez con los dos hijos de Torres Burgos, para conducirnos al lugar donde éste nos esperaba.

Cuando estuvimos reunidos los diez primeros hombres comprometidos en Villa Ayala, emprendimos la marcha hacia Huichila, con todas las precauciones que el caso requería, pues en vista de lo vigilado que estaban los caminos por las tropas federales y del Estado, porque ya se esperaba de un día a otro el levantamiento del Sur, atravesando por entre las barrancas y en vez de coger las veredas, internándonos por entre los cañaverales cenagosos, pasando muy lejos de los "cascos" (1) de las haciendas, sin atrevernos a despegar los labios para pronunciar una sola palabra, a cual más absorto en sus meditaciones, pensando, sin duda, en el hogar abandonado, donde habíamos dejado a la esposa rodeada de sus pequeños, hecha un mar de lágrimas, caminábamos lentamente, con precaución; pero todos resueltos a morir de pie, antes que seguir siendo esclavos de la dictadura porfiriana.

En medio del profundo silencio de la noche, tan sólo se escuchaba el gárrulo murmullo de las cañas, agitadas por la tibia brisa que sopla en la comarca.

(*)—Fincas de las haciendas. Lugar donde vive la servidumbre.

CAPITULO IV

En la barranca de la Cuera

Poco antes de las cuatro de la mañana estábamos cerca de Huichila, a orillas de la profunda barranca de la Cuera, en cuyo fondo se encuentran sinnúmero de cavidades que semejan amplios salones, suficientes para contener a más de cien personas, aunque sus entradas son tan estrechas, que apenas cabe un individuo.

Pomposo Domínguez, "El Pinto," detuvo nuestra marcha.

—Ya llegamos—dijo—podemos desenfrenar y aflojar el cincho a los cuacos, "pa que pasten un rato."

Después, lanzando un prolongado y agudo silbido, nos hizo la seña de que hiciéramos silencio y que aguardáramos. El se adelantó hacia la barranca.

Intertanto, nosotros, después de aflojar el cincho a los caballos y quitarles el freno para que pudieran pastar, encendimos un cigarrillo de hoja, y Montaña hizo circular por tercera vez la botella del rico aguardiente "El Moro," renombrado por aquel rumbo, y la que contenía ya los últimos residuos.

A los pocos minutos regresó Domínguez indicándonos que le siguiéramos, y tras él, por una vereda angosta, emprendimos el descenso al fondo de la barranca.

A poco andar, el "Pinto" volvió a lanzar un segundo silbido, cuyo eco era repetido muchas veces por las rocas.

Del fondo de la barranca un silbido apenas perceptible, semejante al del "Pinto," llegó hasta nosotros. Pomposo se volvió con faz alegre:

—Allí está don Pablo—dijo señalándonos hacia el fondo.

Con miles de trabajos, ora deteniéndonos de los picachos de las peñas salientes, ora asiéndonos fuertemente de las ramas de los arbustos que revisten las laderas de la Cuera, llegamos a una explanada pequeña, donde el "Pinto" volvió a interrumpir nuestra marcha.

Un nuevo silbido de Domínguez fué contestado por otro que oímos a muy corta distancia.

—Ya llegamos—murmuró—indicándonos que le siguiéramos.

A los pocos pasos nos encontramos con un hombre que estaba frente a una abertura entre dos peñas y el cual nos marcó el alto.

Domínguez sacó del cinto su puñal y haciendo con él sobre el pecho la señal de la cruz, dijo:—¡Libertad!

¡—Téngala el pueblo!—contestó el guardián, haciendo con su puñal la misma seña, y nos dejó franca la entrada.

Por la estrecha abertura, uno tras otro fuimos desfilando, y a medida que avanzábamos, la abertura se anchaba. Por fin, llegamos hasta donde estaba Pablo Torres Burgos, que, con veinte hombres, rodeaban una hoguera de ramas verdes, que al sentirse abrasar chisporroteaban, y mientras unas crugían y otras bramaban, venciendo el fuego voraz el carbón caía envuelto en los penachos de las llamas, que se retorcián en el espacio como enormes lenguas infernales.

Pablo, al vernos, visiblemente enternecido, nos abrazó efusivamente y después de besar con ternura a sus dos hijos, nos presentó con los hombres que allí estaban.

—Guberto Tepepa, servidor de usted—me dijo uno, viejo ya, el pelo, la barba y el bigote casi canos en su totalidad; alto, flacucho, manos huesosas, pómulos salientes, de mirada

insolente, pero no dominante; de voz áspera, pero semitipluda. Era un tipo repulsivo.

—Juan Sánchez—me dijo otro, como de unos treinta y cinco años, bigote corto, negro, mirada vivaracha, maliciosa, inquisitiva, como si en cada uno de los que conocía por primera vez, viera un delator. Sin ser un gran psicólogo, a la simple vista podía verse en Juan Sánchez la silueta del criminal descarado que se ufana de sus propias fechorías.

Sánchez andaba prófugo, desde hacía un año, por un homicidio cometido a mansalva a la salida de Ayala, en la persona de un español empleado en la hacienda de Tenextepango.

Juan Placencia, joven también como Sánchez, pero de aspecto franco, aunque un tanto burdo, y de mirar sereno, se encontraba en aquel grupo.

Placencia era descendiente de los famosos Placencia que en época de los "plateados" hicieron tanto furor por aquellas comarcas.

Algunos otros para mí ya conocidos, y otros que era la primera vez que veía, completaban la veintena de hombres que acompañaban a Pablo en aquella caverna, verdadero foco de rebelión contra el gobierno del general Díaz.

Echamos un trago de "Moro" de una botella que hizo circular Pablo, y tomamos asiento en cuclillas al derredor de la hoguera, esperando que aclarara la mañana. Entretanto, Torres Burgos nos dió cuenta de su viaje al norte.

—Gran trabajo me costó llegar hasta San Antonio—dijo Pablo, encendiendo su cigarrillo en un tizón chisporroteante. —Los esbirros de Porfirio Díaz ejercen una vigilancia extrema, y la más leve sospecha que tengan, es más que suficiente para que sea uno detenido y sin más averiguaciones consignado a las autoridades por rebelde y con la nota de "peligroso." Naturalmente, que los atropellos, las arbitrariedades, las venganzas ruines, los fusilamientos sin formación de causa, están en la frontera del norte a la orden del día, y es que el dictador y los suyos, en su afán de continuar perpetua-

mente en el poder, creen que por medio del terror, llegarán a sofocar la revuelta; pero yo les aseguro a ustedes que el gobierno no podrá dominar la situación, porque la revolución maderista ha prendido por todas partes, y pronto veremos al país entero levantado en armas para derrocar la tiranía porfiriana.

Siendo tal cosa el inmediato supremo ideal de cuantos allí nos encontrábamos, las palabras de Torres Burgos nos henchiron de entusiasmo y de fe en el triunfo de la causa que, desde aquel momento, juramos defenderla con las armas hasta perder la última gota de sangre que corría por nuestras venas. Después se animó la charla, todos cambiábamos impresiones, y a cual más quería ser oído en sus opiniones, por demás optimistas, sobre la inevitable caída del Presidente Díaz. Comentábamos las últimas palabras de Burgos, siempre en sentido optimista y halagador para nuestros fines, pensando en que estábamos a un paso de la reivindicación de todos nuestros derechos, conculcados durante tantos años por la oprobiosa dictadura porfiriana.

Alguien nos impuso silencio para que Pablo continuara su narración.

—Felizmente llegué al fin a San Antonio—prosiguió Burgos,—sin que mi pobre figura hubiera despertado la más leve sospecha de ninguna de las autoridades ni civiles ni militares que encontré a mi paso; después de vencer una que otra dificultad, propia de las circunstancias, fui llevado a la presencia del señor Madero, quien me recibió afectuosamente, felicitándome por estar dispuesto a secundar en Morelos la revolución maderista que: “ante todo—dijo Madero,—tiene por objeto la implantación definitiva en México de un gobierno esencialmente democrático, la devolución de los ejidos a los pueblos, la repartición equitativa de las tierras, la supresión de monopolios tan ruinosos en todos los países de la tierra para los pequeños productores, etc.” Después de charlar largo rato, antes de despedirse, me recomendó que saludara a su nombre a todos los correligionarios del rumbo

y ordenó que se me proporcionaran toda clase de elementos para mi propaganda revolucionaria por estas regiones. Ya para despedirse, puso en mis manos mi nombramiento de General Segundo Jefe del Ejército Libertador del sur, y me dió también el de don Patricio Leyva, que es el nombrado General en Jefe del movimiento en Morelos.

—Aquí traigo, muchachos—continuó Pablo, desdoblado un rollo de papeles—algunos nombramientos en blanco firmados por el mismo señor Madero; y tengo autorización para expedirlos, confiriéndoles grados, con el carácter de jefes, a los que estime conveniente, que de acuerdo con el plan de San Luis se unan a nuestra causa. Terminada mi conferencia con el señor Madero, tuve oportunidad de hablar con varias personas que forman la junta revolucionaria en El Paso, quienes me informaron que la revolución en el Norte tomaba cada día mayor incremento, hasta el grado de ser impotente la fuerza federal para contener el avance cada vez más formidable de los revolucionarios maderistas. Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y otros renombrados jefes rebeldes, inflingen a cada momento serios descabros a los federales; todos los Estados fronterizos están levantados en armas en favor de Madero. Michoacán, San Luis, Aguascalientes, Guanajuato, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca y Veracruz, han secundado el movimiento. De una manera poderosa la revolución prende por todas partes, la opinión pública se unifica en favor del maderismo, y yo les aseguro, muchachos, que antes de cuatro meses la revolución habrá triunfado—terminó diciendo Burgos con visible entusiasmo.

CAPITULO V

En plena rebelión armada

Las últimas palabras de Torres Burgos fueron acalladas por una nutrida salva de aplausos, hurras y vivas a Madero.

Pablo extendió desde luego nombramientos de coroneles a Tepepa, a Juan Sánchez y a Placencia, recomendándoles que reclutaran el mayor número de gente; a mí, con el grado de coronel, me hizo su secretario particular. Los primeros fulgores de la luz matinal empezaban a colarse por aquella estrecha abertura de la cueva. El frescor de la brisa que sopla en las mañanas otoñales, acariciaba suavemente nuestras caras empolvadas. Circuló la botella, apuramos el último trago de "moro" y uno tras otro salimos de la caverna.

* * *

El Quebrantadero, ranchería al sureste de Axochiapan, perteneciente al distrito de Jonacatepec, y limítrofe ya con el Estado de Guerrero, era el punto donde debíamos reunirnos todos los de los pueblos de Morelos y esperar allí al caudillo del sur, que debía ser el señor ingeniero don Patricio Leyva, que, por el valor civil con que se enfrentó a la candidatura de Escandón, se había hecho de simpatía general en el Estado, esencialmente entre la gente del pueblo.

Poco a poco fueron llegando al Quebrantadero numero-

sos grupos de hombres, cuyos jefes se ponían desde luego a las órdenes de Torres Burgos, que allí representaba al jefe supremo del sur, don Patricio Leyva.

Todo estaba perfectamente organizado; no esperábamos más que la llegada de Leyva para empezar nuestros movimientos, con un efectivo de más de tres mil hombres perfectamente armados y pertrechados.

Días iban y días venían, sin que tuviéramos noticias de don Patricio, imaginándonos que tal vez su tardanza obedecía a alguna contingencia grave; quizá había sido capturado.

Nuestra situación cada día se hacía insostenible. Ya teníamos más de quince días de acampados en aquel rancho, donde escaseaban los víveres para tanta gente; la desmoralización empezaba a cundir entre los muchachos, pero Pablo tenía instrucciones del señor Madero, de esperar allí a don Patricio, que debía ser nuestro caudillo.

Por fin, como a los veinte días, un propio llegado de Cuautla, nos comunicó que Patricio Leyva se había vuelto "científico," pues ya se había puesto de acuerdo con el general Díaz, para que él, don Patricio, acompañando a su padre el general don Francisco, que venía a la cabeza del quinto regimiento de caballería, viniera al Quebrantadero, y por medio de engaños, nos preparara una emboscada en la que caeríamos los principales jefes del movimiento.

Cuando se hubo comprobado la asquerosa traición de Patricio Leyva, todos los hombres sensatos no pudimos menos que lanzar sobre él el anatema de ruin, de cobarde y de traidor.

Y pensar que, no obstante acción tan reprobable, las masas ignaras (por el solo hecho de haberse presentado frente al candidato del dictador, hecho que no tiene ningún mérito para don Patricio Leyva, entendámoslo bien, porque fué llevado por su padre, como un chiquillo de la mano), todavía le siguieron otorgando su confianza, haciéndolo, primero, representante por el primer distrito electoral del Estado ante el Congreso general, y después, Gobernador.....! ¡Qué pa-

pel tan ridículo ha hecho en ambos puestos el pobre don Patricio! Yo creo que el pueblo estará ya perfectamente convencido de que este pobre es una triste nulidad.

Todos los hombres reunidos en el Quebrantadero, por aclamación designamos a Pablo Torres Burgos general en jefe del movimiento en el Estado de Morelos, quien desde luego aceptó tan honroso cargo, disponiendo que Tepepa saliera de avanzada rumbo a Tlaquiltenango, donde ya lo esperaba un corto número de correligionarios, con los cuales se podía emprender el asalto a alguna plaza de regular importancia.

Como con la desmoralización que cundió con la traición de Leyva, la mayor parte de la gente fué diseminándose en pequeñas gavillas y tomando distintas direcciones, Torres Burgos quedó a la cabeza de un número bastante corto.

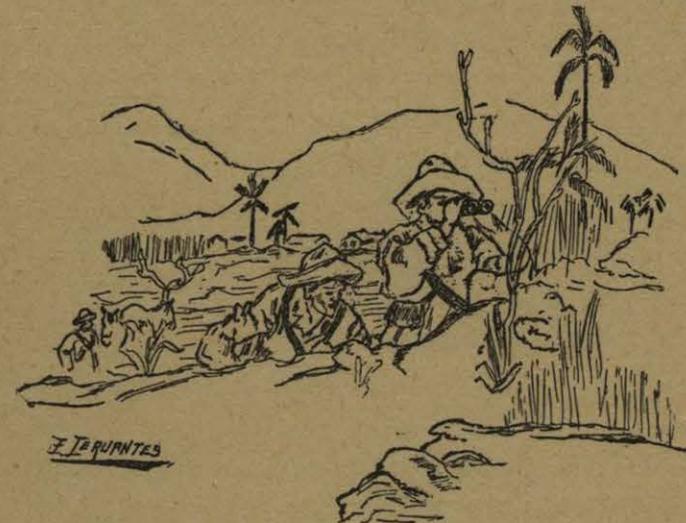
Después de unas cuantas horas de que había salido Tepepa, emprendimos la marcha con la misma dirección.

Nuestra pequeña columna estaba formada de elementos híbridos que más bien movían a risa que infundir respeto y temor. Quitando a Torres Burgos, Juan Sánchez, Placencia y dos o tres más, que montaban buenos caballos, llevando cuatro cananas terciadas repletas de tiros y magníficas carabinas Winchester, los demás íbamos a la guerra como Dios nos daba a entender. Montados en flacos caballos, hambreados, verdaderos "chalates" (1) mal ensillados, portando éste una escopeta "cuata," el otro un fusil viejo, los más llevando sólo el enmohecido machete costeño, marchábamos sin disciplina, como cada cual podía, siguiendo a Torres Burgos, que iba a la cabeza de aquel grupo de hombres que, todos y cada uno, encarnaba en aquellos momentos las aspiraciones de libertad, de mejoramiento social y de reivindicación de todo un pueblo, inhumanamente tiranizado y ofendido por un gobierno compuesto de unos cuantos egoístas, bautizados con el pomposo título de "científicos."

(1). Denominación que se dá por el sur a las cabalgaduras flacas y enfermizas.

Como las autoridades del Estado ya estaban sobre aviso de que de un momento a otro tenía que estallar la revolución por aquel rumbo, caminábamos con todas las precauciones que nos era dado, para evitar el encuentro de los rurales que traía el entonces mayor Gil Villegas que, según noticias, andaba por el lugar.

Sin ningún contratiempo llegamos hasta las goteras de Tlaltizapan, creyendo Torres Burgos encontrar allí a Tepepa, reunido con la gente que lo esperaba para empezar nuestros movimientos, marchando primero sobre Tlaltizapan y después sobre Jojutla; don Pablo pensaba hacer algunos préstamos forzosos o voluntarios, para el sostenimiento de la causa.



CAPITULO VI

Tropelías de Tepepa en Tlaquiltenango

Desgraciadamente no se desarrollaron los acontecimientos en la forma que Burgos se había propuesto. Tepepa en la misma noche de su entrada a Tlaquiltenango y una vez que se le hubieron reunido una veintena de hombres y aprovechando la circunstancia de que aquella plaza se hallaba completamente sin defensa y sus vecinos casi inermes, se entregó a cometer desmanes que disgustaron en grado sumo a Burgos en cuanto fueron de su conocimiento. Tepepa personalmente asesinó en su casa al Presidente Municipal, en medio de las lágrimas de sus pequeños hijos y de su esposa, que de rodillas le pedía la vida de aquel sér indefenso, a quien Tepepa sacrificaba por saciar la venganza nacida de viejos rencores. Saqueó las principales casas de comercio, autorizando a sus hombres para que se entregaran al pillaje más desenfrenado y, por último, ordenó que los hermanos Reynoso, dos súbditos españoles radicados en Tlaquiltenango, fueran sacados desnudos de sus casas y azotados en medio de la plaza del lugar, después de lo cual fueron cobardemente acribillados a balazos.

Tal era aquel cabecilla suriano, cuyo nombre muy pocos días después, había de ser respetado en aquellos rumbos, con verdadero pánico.

CAPITULO VII

Torres Burgos se separa de la revolución

A las cinco de la mañana del siguiente día se nos incorporó Tepepa con más de cincuenta hombres a caballo, muy mal armados y montando inservibles cabalgaduras; dió cuenta a Torres Burgos de los acontecimientos desarrollados en Tlaquiltenango la noche que acababa de pasar, y como con aquella conducta que estaba muy lejos de cuadrar con los ideales de la revolución, no estuviera conforme Torres Burgos y reprendiera acremente a Tepepa los actos cometidos, surgió entre ambos un serio disgusto que estuvo a punto de terminar en tragedia, pues uno y otro echaron mano a sus pistolas para dirimir la cuestión, cosa que evitamos a tiempo, los que con más prestigio allí nos encontrábamos.

Después de pasado aquel incidente y como Torres Burgos manifestara que de continuar al frente de aquel grupo revolucionario, con su carácter de jefe del movimiento en Morelos, que le había sido conferido por el señor Madero, sería solamente sobre la base de la más estricta honradez, puesto que él no era bandido, y después de prevenir a todos y a cada uno de los presentes que el que se saliera en lo más mínimo de esa línea de conducta sería inmediatamente pasado por las armas, a una, e instigados por Tepepa, decidieron desconocer desde aquel momento a Torres Burgos, quien en

el mismo instante y acompañado de sus dos hijos, nos abandonó resueltamente, sin duda decepcionado ante el bandolerismo que a la sombra de la revolución se desataba como una horrible tormenta sobre el desdichado Estado de Morelos.

Yo traté de disuadir a Pablo de su resolución de abandonarnos; le manifesté que debía continuar a nuestro lado, moralizando a la gente poco a poco, para lo cual tendría que tolerar, al principio, los desmanes a que naturalmente los arrastraba su falta de disciplina y sus instintos; pero Burgos no quiso oírme; era demasiado honrado para avenirse al libertinaje de aquellas multitudes, que destilaban odio y estaban sedientas de venganzas; y sin tomarse más que el tiempo necesario para arreglar sus cabalgaduras, Pablo y sus dos hijos tomaron de regreso para Villa de Ayala, a toda prisa, el camino de Rancho Nuevo.

CAPITULO VIII

Una buena estratagema

—¿Y tú te quedas, vale?—me preguntó en tono irónico Tepepa, y sin dar tiempo a contestarle, añadió: Piénsalo bien, porque ya ves que lo que aquí se necesita es que haya hombres que a la mera hora no se “rajen.” ¿No te parece, Juan?—prosiguió dirigiéndose a Juan Sánchez, quien como ninguno se hallaba en su elemento, en medio de aquella horda de bandoleros y perdonavidas.

—Me quedo—contesté resueltamente, sin hacer el menor caso del concepto de Tepepa, que tomaba como cobardía la honradez de Torres Burgos.

Me quedé entre aquella gente, pensando para mis adentros que la patria reclamaba el sacrificio de sus hijos para salvarse de la tiranía porfiriana, y que todos los medios deben parecernos lícitos cuando se trata de llegar a un fin justo.

—Bueno—repuso Tepepa estrechando fuertemente mi mano hasta hacerme daño con la suya huesosa y encallecida. —Bueno, así me gustan los hombres; además, como tú quedas a mi lado con el mismo cargo de chupatinta que te había dado Pablo, no tendrás que entrarle a la balacera y ya verás cómo no nos va tan mal. Ahora, a formar—gritó con su voz aguardentosa e insolente el viejo Tepepa, inventando un tecnicismo militar muy suyo, que hubiera despertado la hilaridad del más infeliz recluta, pero que para aquella pobre gen-